

RELATO DE UN ESPÍA QUE HABITA EN LA CASA DEL BOLETE

Jóvenes (unos por edad, otros de espíritu)

corren como posesos huyendo de un mundo que les encorseta en busca de un idílico lugar en donde poder ser libres.

Baño entre penumbras, sintiendo la caricia del mar en toda la superficie de la piel.

Cueva oscura en donde retumba el sonido de las olas al romper en la arena de la playa.

Conecta su oscuridad con la del subconsciente de quienes se refugian en ella.

Para unos significa momentos de paz, a otros les proyecta los fantasmas que llevan encerrados en sus mentes, y otros salen pronto de la cueva en busca de nuevo de las sensaciones del agua y del aire en medio de un entorno salvaje, sólo roto por dos cañas de pescar.

Velas encendidas que juegan a apagarse por la acción del viento mientras que unas personas se afanan por mantenerlas encendidas, como si de un ritual fuese.

Canciones de baladas acompañadas con el susurro de una guitarra.

Un hombre con barba expresa con melodías sentimientos que cautivan.

Y en un escenario casi en penumbras, iluminado con la tenue luz de las velas, hace soñar a más de uno con románticas vivencias personales.

Una vez más el himno del grupo sirve de excusa para entrelazar sus manos y balancearse al son de la música. Queda patente que su estribillo los une y les hace soñar en un sueño en donde la imaginación no tiene límites.

La luna se une al grupo y hace acto de presencia de forma suave y casi etérea mientras se cuentan viejas historias oídas a ancianos del lugar que parecen leyendas de otras épocas y que hacen revivir situaciones que ocurrieron por aquellos lugares muchos años atrás.

El viento suena por las cabezas mientras los cuerpos intentan descansar dentro de los sacos de dormir.

Noche exigua y rota prematuramente por un amanecer temprano que trae la belleza de un sol que nace al nuevo día con ímpetu.

Despedida de parte del grupo que se marcha con la tristeza de no poder disfrutar de una naturaleza que se muestra sugerente en un día luminoso.

Descubrimiento de una nueva cala con olas juguetonas que hacen sonar de forma dulce el roce de los cantos rodados entre sí.

Subida por una rambla empinada y con el encanto de las rocas pulidas por la abrasión de las piedras en su ciclo natural de erosión.

Sol abrasador y calor abundante tímidamente mitigado sólo unos segundos por el agua atomizada de un modesto artilugio llamado de manera sugerente ducha atómica.

Retorno prematuro a casa por el agobio del calor y del sueño atrasado. La aventura acaba pero el recuerdo queda.

Quien del grupo vuelva al Bolete, no podrá dejar de mirar a los montes que lo circundan buscando en algún lugar la presencia de unas mujeres agachadas recogiendo esparto y con una lata redonda de atún en su talego. O la presencia de un hombre asilvestrado corriendo con la ropa ensangrentada en una eterna huida de los guardias civiles. Pero si el Bolete ha impregnado con sus historias al grupo, el grupo también ha impregnado con su presencia al Bolete y ahora el grupo ya es parte de la historia del Bolete.